

Manual de Primavera

Manual de Primavera

Violeta Chacón

Título: Manual de Primavera
© 2022, Violeta Chacón
@soyvioletachacon

De la maquetación: 2025, Violeta Chacón
Del diseño de la cubierta: 2022, Erika Castilla

Primera edición: agosto de 2022
Segunda edición: marzo de 2025

Impreso en España

ISBN-13: 978-84-19374-84-4
Depósito legal: TF 567-2022

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso

A las Sonias que se han cruzado por mi vida.

A la Sonia que fui.

A ti que lees.

I de enero de 2020

Me llamo Sonia Revuelta Gil. Y puedo decir sin temor a equivocarme, que mi apellido ha marcado completamente mi existencia. Una existencia de 30 años, recién cumplidos. Toda mi vida está Revuelta. ¿Tendré que cambiarme el nombre para poder ordenarla? ¿O, a fuerza de ordenarme yo, le quitaré poder a mi apellido?

De momento, he tenido la idea de empezar a escribirme por aquí, a ver si viendo lo que tengo en medio, voy encontrando la forma de desenredar esta revoltura y ordenarme un poco. Escribir siempre ha sido mi camino.

Empiezo esta nueva libreta con la esperanza de comenzar a desenredarme.

Se me hace imposible escribir «comenzar», sin que tres neuronas locas que tengo siempre de fiesta por mi cabeza empiecen a tararear *Volver a comenzar*, de Edwin Rivera.

*Otra vez estoy aquí
Arrepentido de mi error
Decidido a amarte porque ayer no supe hacerlo yo
Porque tengo la seguridad
Que te amo como a nadie más
Y te vengo a proponer volver a comenzar
Otra vez estás aquí
Implorándome volver
Pretendiendo que te dé mi amor igual que ayer
Prometiéndome fidelidad
Y no volverás a fallar
Como si fuera tan fácil mi dolor olvidar*

*Volver a comenzar
Volver a comenzar
No es tan fácil olvidarlo todo y volver a confiar
Volver a comenzar
Volver a comenzar
Hoy acepto mi error
Y te pido mi amor
Dame una oportunidad*

La verdad es que es como si me la cantara a mí misma después de unos cuantos *fails* de resultados catastróficos, pero salvando la ropa en el último minuto y, gracias a eso, no tener que lamentar daños irreparables.

Venga, Sonia, date otra oportunidad.

Corazón pidiendo, razón reticente.

Todo hoy es nuevo. Hasta el año. Es 1 de enero de 2020. Tengo todavía algunas pepitas de las uvas entre los dientes. No, no es verdad. Que la dentista conmigo ha hecho su gran trabajo, y me he lavado los dientes conscientemente desde que me las tomé. Pero ya sabes lo que quiero decir. Que tengo todavía las uvas a medio digerir. Así de rápido todo. No he querido perder tiempo para estrenar esta nueva vida.

El año 2019 va a pasar a la historia de mi vida como el año más *mierder* ever. Que ya he tenido unos cuantos. Pero, ciertamente, este ha sido el peor. Empecé el año en una oficina que no me entusiasmaba, pero que, por lo menos, me apañaba el coche, la comida y algunos caprichos más. La cuestión financiera no ha sido mayor problema este año. Buen sueldo, buena administración, ni tan mal.

Lo peor era llegar cada día a un sitio donde la gente iba a un ritmo de tortuga, y donde el afán por mejorar o innovar era un pecado mortal.

Cuando me contrataron, me dijeron que habían visto mi trabajo en otros sitios y que querían que les ayudara a implementar mis ideas y mi método en sus oficinas. Me lo pusieron bonito con un buen sueldo y un buen horario, y yo me lo creí.

Realmente, no faltaron a su palabra: me respetaron el sueldo, me confirmaron el horario, lo de dejarme trabajar era otro cantar. No me dijeron que el personal con el que iba a lidiar era todo... ¿Cómo definirlo? Porque, decir que eran unos incompetentes de mierda, dinosaurios calientasillas, no queda nada bien, aunque es bastante acertado. Se limitaban a pasar papeles de un cajón a otro o de una mesa a otra, según se diera, y bajo ningún concepto querían modificar o alterar su forma de hacer.

Los primeros meses llegué cargada de energía y motivada para ir buscando la manera de llevarlos a mi terreno. Pero esas ocho personas eran como una mancha negra de alquitrán. Se movían despacio, con un movimiento cadente y perseverante que atrapaba lo que encontraba en su camino. Luché con uñas y dientes para no dejarme agarrar por aquel piche gelatinoso que me acechaba constantemente por aquellas oficinas. Cada mañana me subía al coche y me colocaba la canción de Rocky:

*So many times, it happens too fast
You change your passion for glory
Don't lose your grip on the dreams of the past
You must fight just to keep them alive
It's the eye of the tiger
It's the thrill of the fight
Rising up to the challenge of our rival
And the last known survivor
Stalks his prey in the night
And he's watching us all with the eye of the tiger.*

Me visualizaba poniéndome una cinta en la cabeza, amarrándomela con fuerza y pintándome dos rayas negras bajo los ojos. Así de peliculera, también. Las tres neuronas locas *a tope de power*.

Tenía la firme idea de que, luchando cada día, iba a poder hacer lo que había venido a hacer.

Llegó el verano y yo aproveché ese mes en el que todos se fueron —menos yo, que llevaba solo cinco meses trabajando y aún no me correspondían vacaciones— y trabajé como una loca. Hice, cambié, implementé... todo lo que no me habían dejado hacer hasta ese momento; lo hice sola en el mes en que más calor hizo, y más vacaciones necesitaba.

Y cuando llegó septiembre, ellos volvieron y yo me fui a por mi descanso. El 15 de septiembre, volví sin música de Rocky, ni cinta, ni energía de guerra. Ya había luchado y había ganado, o eso era lo que yo pensaba. Y lo que pasó a continuación me dejó traspuesta. Aparentemente, todo estaba igual que cuando me fui, hasta que llegué a mi mesa y encendí el ordenador, y

entonces fue como si hubiera vuelto a julio. Nada de lo que había hecho se conservaba. Todo estaba igual que antes.

Aquello era como un *fokin* viaje en el tiempo, *mecagoentodo*.

Salí de mi cubículo pidiendo información, y lo que enocntré fue a la masa negra pegajosa moviéndose hacia mí con una clara intención de absorberme, y cogiéndome totalmente desprevénida. Y me absorbió.

No me lo esperaba y no pude hacer nada por evitarlo. Fui viendo cómo a cámara lenta yo misma me oscurecía, y me volvía gris como la gente de la canción de Luis Quintana. Me puse gris. Me hice gris.

Los próximos meses fueron como el eterno día de la marmota. Sentía que me consumía un poquito más cada día, y que, del suave gris marengo del principio, me iba tornando en negro alquitrán. Como la mancha, como ellos mismos.

Pasé el otoño queriendo darle una gran patada a todo, pero sentía que estaba como en esas pesadillas en las que luchas por gritar y coges una gran bocanada de aire, y abres la boca —con la fuerza de los mares— y por ella no sale ni un solo sonido. Abres mucho los ojos y dejas escapar todo el aire que te queda, queriendo que ese grito suba muy mucho los decibelios permitidos en cualquier sitio, pero lo que se oye es la nada. Nunca me había sentido tan atrapada.

Se acercaban las fiestas y yo, que disfrutaba siempre de las Navidades como si fuera una niña de cinco años de forma perpetua, me encontraba totalmente apática. Me pasaba la

mañana mirando la pantalla porque eso es lo que hacía, mirar la pantalla. No sentía que hiciera nada de provecho, más allá de digitalizar mierdas varias. Mi diálogo interno era muy variado, por momentos me enfadaba y algo dentro de mí me gritaba:

—Pero, *putosaldeaquí*, que ¿no ves que nos estamos ahogando?

Acto seguido, levantaba la vista y miraba alrededor, y el vacío me consumía. No encontraba ni puerta ni ventana por la que tirarme. Pensaba: ¿Qué coño hago aquí?

Pero por mucho que buscaba, no encontraba la energía para irme. Y así me puse en diciembre. A poco de cumplirse el año en aquella empresa del infierno, el que me contrató todo contento en el diciembre anterior me llamó a su despacho.

Fui arrastrando los pies, pasando por delante de todas las mesas de mis supuestos compañeros de oficina. Al llegar casi al despacho, estaba ubicado el segundo que más mandaba allí. Era el jefe de la pandilla de la negrura. Cuando llegué a su mesa, me pareció ver un brillo en su cara, lo que me hizo detenerme y mirar con más atención. Definitivamente sí, había no solo brillo en su mirada, sino una leve sonrisa de medio lado.

Aquello me extrañó. Era algo bastante inusual.

El misterio quedó resuelto en cuanto abrí la puerta del director y escuché lo que quería decirme.

—Teníamos grandes expectativas para contigo cuando te contratamos, pero llevas aquí un año y no hemos visto cumplidos nuestros objetivos. Siento comunicarte que tenemos que prescindir de tus servicios.

Ajá. Todo correcto. En verdad, quería convertirme en la dueña de un lanzallamas y prenderle fuego a todo.

A ver, que hago recuento: la pandilla esta de ineptos me había puteado a más no poder. Me boicotearon todo lo que pudieron y en cuanto tenían oportunidad. A raíz de esto, me encontraba agotada mentalmente, sumida en el principio de una depresión de la que no tenía manera ni conocimiento para salir. Y ellos me despedían. No sin antes dejarme claro que: «no eres suficiente».

Dentro de mí había un festival. Un buen montón de mis células estaban de fiesta porque, al fin, alguien había puesto término a aquella tortura. Pero otra gran parte, supongo que mi ego, estaba profundamente herido y quería tirar de mí hacia un pozo aún más negro que el que ya tenía afuera.

Alcancé a decir algo así como:

—Ajá... ¿cuándo tengo que irme?

Me correspondían otros quince días de vacaciones que no había disfrutado, así que me invitaban a no volver más.

Estupendo.

No recuerdo bien cómo me levanté y salí de aquel despacho.

Ahora entendía perfectamente el brillo de aquella mirada en el jefe de la negrura.

La fiesta en mi interior iba en aumento. Y hasta yo quería salir de allí bailando, gritando algo así como: «Ahí se quedan, panda de tristes».

Pero el *shock* seguía siendo poderoso. Me puse a recoger la mesa en estado autómatas, al ritmo de la canción de The Doors que, por supuesto, sonaba en mi cabeza:

*This is the end, beautiful friend
This is the end, my only friend
The end of our elaborate plans
The end of ev'rything that stands
The end
No safety or surprise
The end
I'll never look into your eyes again
Can you picture what will be
So limitless and free
Desperately in need of some strangers hand
In a desperate land*

Por dentro, oía voces que me decían: «que no, boba, que esto, en realidad, es el principio». Pero en mi cerebro se acaba de materializar el cartel de un neón bien luminoso con la palabra:

FRACASO

Poco más recuerdo. Me fui a casa con una cajita de esas de cartón donde vienen los paquetes de folios. En mi cabeza seguía sonando The End, y yo y mi ya negrura evidente nos instalamos en el sillón de mi salón, mirando a la nada.

Me tomé esos días de vacaciones obligadas para ir aterrizando, sobre todo en mi mente. Temiendo el momento en el que se agotaran los 15 días y tuviera que volver a aquella sucursal de muerte a firmar el finiquito.

La noche antes del día fatal, mi amiga Laura me mandó un mail. Me compartía un vídeo de YouTube que había sacado de Pinterest con una cita con música:

The devil whispered in my ear,

«You're not strong enough to withstand the storm»

Today I whispered in the Devil's ear,

«I am the storm»

Y la canción era *Roar* de Katy Perry.

Mi amiga Laura me conoce muy bien. Me puse la canción en bucle. Fui notando cómo se desprendía de cada una de mis células toda aquella masa negra que me había devorado durante casi todo ese año. A la mañana siguiente llegué con toda mi luz y la canción en mente a aquella oficina.

You held me down, but I got up (hey)

Already brushing off the dust

You hear my voice, you hear that sound

Like thunder, gonna shake the ground

You held me down, but I got up (hey)

Get ready 'cause I've had enough

I see it all, I see it now

I got the eye of the tiger, a fighter

Dancing through the fire

'Cause I am a champion, and you're gonna hear me roar

Louder, louder than a lion

'Cause I am a champion, and you're gonna hear me roar

Por un lado, tenía ganas de gritarles lo feliz que estaba de haber podido salir de aquel agujero negro en el que estaban todos metidos. Pero me limité a tararear la canción constantemente, con todos sus *roars* y todos sus *champions*. Sabía que no podía darle tregua a la negrura, porque en cuanto bajara un poco la defensa, volvería a absorberme.

Firmé, recogí el cheque, y hasta nunca.

Me subí al coche y me fui a la playa. La playa siempre ha sido bien. En ese momento, me planteé cómo no había ido en todos esos meses atrás. Creo que, en ese primer trayecto de libertad y luz, empecé a entender hasta qué punto había estado atrapada. Sabía que había estado mal, inerte, pero no tenía plena consciencia de todo lo que la negrura me había quitado.

Me senté en las piedras de aquella playa impracticable.

Me encanta sumergirme en el mar, quedarme donde hago pie, y bañarme en aguas tranquilas que no necesitan de mi atención constante para sentirme a salvo. Es decir, a mí, para bañarme, dame un charquito. Ahora, para pensar, calmarme, y sentirme, prefiero las playas de mar del Norte, de bravura y revoltura. Igual esto tiene que ver con mi apellido, ahora que lo pienso.

La cosa es que cuando me senté en los callaos y respiré el salitre, me sentí resucitar. Las lágrimas brotaron solas. No soy muy de llorar yo, quiero decir, que no lloro a menudo; ahora, cuando lo hago, resérvame un par de horas en la agenda, porque empiezo y no acabo.

No sé cuánto tiempo estuve llorando. Pero fue un buen rato. Ya no podía respirar con fluidez por la nariz, y los ojos, bajo las gafas de sol, estaban bastante hinchados. Me fui calmando poco a poco y volviendo a mi ser.

¿Por qué la llorera?

¿Qué pesaba más? ¿La libertad de sentirme fuera de aquel infierno? ¿O El sentimiento de derrota de no haberlo cambiado?

Si lo tengo que calibrar, diría que están empatadas las dos sensaciones. Me obligué a hacer de la libertad la razón de peso, y a convertir en lágrimas de alegría todo lo que había llorado. Era libre. Por fin, libre.

—Tía, que dejaste atrás toda esa puta mierda.

Y no me di cuenta de que lo había dicho en alto.

De pronto, algo se movió a mi lado y, sobresaltada, miré. Un señor con gafas de sol y gorra me ofrecía una botella de agua.

—Pues si dejaste atrás toda esa mierda, es hora de que te hidrates, que con lo que has llorado, igual estás a punto del ingreso.

Me quedé pasmada. Y solo acerté a sacar mi propia botella de mi bolsa. Acompañada de un «gracias».

—Pues bebe, en serio, debes estar deshidratada. Nunca vi tanto llorar.

Asentí y obedecí, porque me parecía la forma más fácil de tapar toda la vergüenza que estaba sintiendo en aquel momento.

Me volvió a mirar y, mientras se iba, soltó:

—Ok, me voy tranquilo sabiendo que no voy a tener que llamar al 112. Cuídate.

A paso ligero y agarrando las tiras de la mochila que llevaba colgada, se fue hacia la parte derecha de la playa, donde ya había unos cuantos surfers reunidos. ¡Coño! Yo allí pensaba que estaba a salvo. ¡Joder, qué vergüenza me dio! Deprisa, me levanté y me fui al coche.

De ahí, me enredé en el típico diálogo interno que me ocupa la mayor parte del tiempo. Me sentí invadida. Estaba convencida de que esta esquina del mundo era mi *safety place* y, vaya, hombre, ni llorar tranquila podía ahora. Pues estaba apañada.

No sé por qué, me fui enfadando y enfurruñando. Arranqué el coche y puse dirección a casa. Ni música, ni llamada. Sola yo, con mi enfado, otra vez.

En un momento de lucidez, me dije: «A ver, que tampoco este tío es el toro que mató a Manolete». ¿Qué era lo que me enfadaba más?

Fui tirando del hilo para ir ordenando mis pensamientos, más que nada, para ver si así, iba dejando aquel cabreo atrás.

Me fastidiaba que me hubiera estado observando y que, de alguna manera, hubiese invadido mi intimidad. Era mi llorera,

y no me hacía *putagracia* pensar que alguien me estaba mirando de lejos o de cerca; no sé de dónde había salido realmente este fulano. De pronto, me pareció que tampoco era para tanto. ¿Qué había hecho? Ofrecerme agua. No me preguntó si necesitaba o si me pasaba algo. Realmente, había sido bastante elegante a la hora de abordarme. Me llega a haber preguntado: «¿estás bien?» y ahora estaría jurando en arameo, porque seguro que, en el momento, hubiera actuado igual que antes. Parada en *shock* técnico. Ni para balbucir un «todo correcto» me habría dado la energía.

Me di cuenta de que me fui calmando a base de desmenuzar lo que había pasado, cómo había reaccionado yo, y qué estaba ahora sintiendo.

Me cago en la terapia. No me iba a librar de ella nunca. Ya lo estaba viendo.

Cuando llegué al garaje de casa, estaba mucho más tranquila y también más animada. Aparqué el coche en mi plaza y me subí al piso.

Tenía aún el llanto pegado al pelo y a la punta de los dedos. Ya respiraba bien, pero seguía un poco congestionada. Me pareció que la mejor idea para desprenderme totalmente de aquella sensación era meterme en la ducha. Así lo hice.

Realmente, salí de allí renovada, oliendo a limpio y sintiéndome bastante mejor. Me vestí y me dispuse a tirarme en el sofá a ver alguna serie. Entonces me acordé de que me habían despedido, y un suspiro hondo se me escapó por la nariz. Me volví a sentir pequeña, desprotegida y muy vulnerable. Me hice un ovillo en el sillón y ahí me quedé mirando al techo.

Me quise quedar revolviéndome en mi *porcamiseria*, pero los compromisos sociales y familiares me obligaban a levantarme. Así que me sacudí la desidia y la apatía, y me dispuse a cumplir con lo que se esperaba de mí.

En breve tendría que ataviarme con mis mejores galas, preparar mi parte de la cena y tirar para casa de mamá, a celebrar —ya tú ves las ganas que tenía— que el año se acaba. Vaya año de porquería este.

Me dediqué gran parte del tiempo siguiente a hacerme un maquillaje de esos de *IGTV* que tenía guardados. Me pasé casi una hora ahumándome los ojos, y maquillándome también el estado de ánimo. En casa, como cada año, se juntó un montón de gente con muchas conversaciones enredadas y también con mucho que contar, así que tampoco me preocupaba demasiado lo que estaba viviendo. Sólo tenía que salvar la noche siguiendo la charla de los demás y escabulléndome cada vez que alguien me preguntara por mí. Llevo treinta años haciendo esto, así que *no problema*.

Y así fue. Mis hermanos me vacilaron por culpa del ahumado, y mis tíos me alabaron el vestuario y la temeridad de subirme a unos tacones de 9 centímetros.

Llegaron las uvas y me las comí todas. La primera vez en toda mi vida. Sin atragantarme, y también con pleno conocimiento. Cerré los ojos con fuerza y me concentré en pedir un deseo:

«Quiero dejar de sobrevivir.

QUIERO SÚPER VIVIR».

En mayúsculas.

Y luego, el brindis y el baile, y la noche pasó. Mamá me dijo que me quedara en casa y yo, elegantemente, decliné su oferta. Me subí al coche y me llevé hasta casa, cargando un táper de sobras para tener el día resuelto hoy.

Y aquí estoy. 1 de enero. Escribiéndome. En algún lugar leí que, tal como pasabas el primer día del año, pasarías el resto. Por eso, hoy no hago tareas domésticas, tampoco trabajo, y me dedico a las cosas que más me gustan. Cada media hora me asaltan la pena y la tristeza, y me acuerdo de esto de lo que haces el primer día, y como si tuviera polvos picapica en el cuerpo, me levanto del sofá como un resorte, moviendo todo el cuerpo como si así pudiera desprenderme de toda esta sensación que aborrezco.

¿Qué voy a hacer ahora?

Si no trabajo, ¿qué voy a hacer? ¿Qué sentido tiene mi existencia?

Vuelve la pena, y yo salto de la silla como un volador. Me pesa la casa, me pesa la mano, me pesa la vida. Siento que me asfixio. Tengo que salir de aquí.

Me voy a poner el chándal y los tenis, y me voy a la playa.



Acabo de llegar a estas piedras y me he traído la libreta. Realmente, como me pase el resto del año haciendo lo que estoy haciendo hoy, me va a salir una enciclopedia. Siento una necesidad irrefrenable de dejar constancia de todo lo que estoy pensando, a ver si así logro desenredar esta madeja. ¿Será que me moriré pronto y por eso la urgencia de dejar mi biografía? Pues vaya tristeza de testimonio. No tengo nada a lo largo de mi existencia que le pueda interesar a alguien, la verdad. Nació, estudió, fracasó, murió. Vida de una sosa. ¡Uf! A dramática tampoco me gana nadie, de verdad.

La cosa es que venía en el coche en silencio y me puse a pensar en el tiempo que hacía que se da esto así. Todo el rato tengo música en la cabeza y, si no la tengo de manera natural, me la impongo activando la música en el teléfono. Siempre música, o ruido... depende de cómo lo veas. Hoy tenía ganas de silencio. ¿Ves? Me voy a morir pronto, nada de lo que está pasando hoy es normal. Está empezando el año y no hay ninguna diferencia con lo terrible que fue el año pasado. Ojalá empezar el año consistiera realmente en activar una hoja en blanco, con todo por hacerse, con todo por inventarse. Como si fuera un punto y aparte. Pero no, el día de Año Nuevo es un punto y seguido. Tengo la maleta llena con todo lo que me pasó el año pasado y, aunque ya no estoy dentro de la negrura de aquella oficina de alquitrán, siento cómo la tengo extendida por todo mi cuerpo y, lo que es peor, por mi cabeza.

Hoy necesito silencio, sin embargo, tengo tan arraigado lo de la música constante que, según he salido del coche, me he puesto los cascos. En silencio, pero aislada del ruido externo. Me oigo los pensamientos desordenados y chocando entre sí. Siento caos en mi interior.

Necesito serenarme, necesito destensar todos mis músculos y sentirme floja y sin límites, como está ahora mismo la mar que tengo delante. Va, viene, se amontona, se deja caer. Es hipnótico el movimiento. Y el ruido. Esto no es ruido, esto es música. A pesar de tener los oídos tapados con los auriculares, se oye claramente el ruido que hace la ola al romper contra la orilla, y el sonido de los callaos que son arrastrados por la fuerza del agua. Hoy es de color plomo. El cielo está nublado y hace una brisa helada, que me corta la nariz. Siento que, de un momento a otro, voy a necesitar un pañuelo porque va a empezar a gotearme. Ojalá me hubiera traído un café, *mmm*, café. Fíjate si estoy mal, que he pensado en café y ahora mismo soy capaz de olerlo. Como dice Mariví: «estás teniendo un episodio de alucinación olfativa».

Mariví. Esa mujer que, aparentemente, es un desastre con patas, y a mí, en tres sesiones de terapia, consiguió centrarme y salvarme de la tragedia. No quiero pensarlo, pero voy a tener que llamarla. Me miro los pies y suspiro: volver a terapia me da miedo.

Pero me doy cuenta de que lo necesito porque huelo a café como si estuviera dentro de una *fokin* cafetería.

Levanto los ojos de la orilla y hago un barrido visual de todo lo que tengo alrededor. De izquierda a derecha. Cielo, piedras, agua. En la otra punta hay un señor, bueno, un chico. *Joer*, tengo que cambiarme las lentillas, no soy capaz de enfocar bien. Está sentado sobre una toalla doblada... Este vino preparado, no como yo, que se me está quedando el culo con forma de piedra. Lleva una chaqueta gorda, abrochada hasta el cuello. Y también una gorra. Espera un momento...

¡Tiene una taza en la mano! ¡Que no estoy teniendo ninguna alucinación olfativa! ¡Que es que este tío está bebiendo café!

Alegría. Tengo ganas de aplaudir. Igual no tengo que llamar a Mariví; después de todo, no estoy tan mal.

Y ahora, tengo ganas de llorar, de alegría, supongo. No puedo evitarlo, y aquí van las primeras lágrimas. ¡Pero si yo no lloraba! Ahora parece que todo me ocasiona el llanto. Estoy *fokin* harta de mí misma, la verdad. No puedo reprimir la pena, ni la angustia. A llorar. Y el llanto me brota como cuando estaba en Infantil y se me rompían las ceras. Hipidos y suspiros incontrolables. Seguía pintando con otras ceras o con los trozos, pero llorando al mismo tiempo. Odio llorar. Me molesta mi llanto.

Entre suspiro y suspiro, me acuerdo de que no estoy sola en la playa, así que, haciendo un esfuerzo que sé que va a ser infructuoso, trato de silenciarme. ¿Qué estará haciendo este tío aquí? Miro de nuevo. Madre mía, que viene para acá.



Acabo de llegar a casa. Son las tres de la tarde. No he comido.

Mira, Universo, si esto es lo que me vas a traer el resto del año, yo no sé. Igual aborto misión vida y aquí me quedo, ¿eh?

Voy a ver si consigo entender qué es lo que me ha pasado esta mañana.

Lo último que escribí fue que el tío venía para acá. Y, efectivamente, no era un efecto óptico ni ninguna alucinación. Me miró dos veces y se levantó. Dirigiendo sus pasos hacia mí.

Yo no podía quitarle los ojos de encima, supongo que de pura incredulidad. Me olió a café, allí había un fulano. Se levanta el fulano, con su taza en la mano, se agacha, coge su termo y se viene hacia mí.

Cuando estaba ya cerca, me di cuenta de que no era «un fulano cualquiera». Era el mismo tipo que hace un día se preocupó por mi estado de salud ante una posible deshidratación, después de verme llorar durante más tiempo del normal. Hoy, cuando volvió a oírme, no esperó a que yo llorara mucho. Se presentó a mi lado y me ofreció café.

En serio, este tío es un *fokin* extraterrestre. Se vino a la playa el uno de enero con un termo de café. Que el café estaba bastante bueno, por cierto.

Al acercarse, me dijo:

—Mira, si te vas a poner a llorar como el otro día, me voy, pero igual puedes cambiar de plan y tomarte un café conmigo. Siempre que no te importe pasar el uno de enero tomando el café de un desconocido.

No fui capaz de articular mucha palabra, solo de quitarme los auriculares de las orejas y decir: «ok».

Se sentó al lado mío, me sirvió un poco de café en un vaso que también traía, y me lo tendió.

—No estabas escuchando nada, ¿verdad?

—No —dije mirando el café, más avergonzada que otra cosa.

¿Por qué la mayor parte del tiempo estoy avergonzada de mí? Me doy cuenta de esto constantemente. Me da vergüenza compartir mis gustos, mis manías, o mis pensamientos. ¿Por qué me avergüenzo de ser quien y como soy?

Esto lo estoy pensando ahora, porque, en ese momento, sólo estaba pendiente de ver cuál sería su próximo movimiento o frase. Sin embargo, sólo se quedó sentado a mi lado, bebiendo café. Yo hice lo mismo.

El café estaba muy bueno, la verdad. No muy caliente, tampoco muy cargado. En cuanto di el primer sorbo, y lo tragué, no pude evitar soltar un suspiro de placer.

Él lo captó al vuelo y me soltó un:

—De nada —que me volvió a avergonzar.

Después de unos minutos que me parecieron horas, y yo más tensa que la cuerda de una guitarra, me dijo que podría irse, pero que no lo hacía por dos motivos: primero, porque sabía que en cuanto se fuera, cabía la posibilidad de que yo volviera a llorar, y que ya estaba bien; y, segundo, porque desde el sitio donde yo estaba, la playa se sentía mejor.

Me llamó la atención que hubiese dicho que «se sentía». ¡Qué curioso! Pensé que había equivocado el verbo, porque, de normal, un tío, o los tíos que conozco, no se paran mucho en pensar lo que sienten, y menos cómo se siente una playa. Que tampoco es que entendiera yo bien a qué se refería: ¿a cómo se sentía la playa, objeto inerte e incapaz de sentir algún tipo de emoción? O ¿a cómo se sentía él en la playa? O a ¿cómo sentía él la playa?

En tres segundos me hice todas aquellas preguntas que se quedaron vagando en mi *cerebelo*.

Seguí dándole sorbitos a aquel café que, según se me iba gastando, me parecía mejor.

Él aprovechó para mirarme sin disimulo y sonreír de medio lado. Yo seguía en silencio.

—¿Te molesta que esté aquí?

—No.

Respondí rápido sin entender bien por qué. No me molestaba, pero tampoco es que me encantara. No conocía de nada a aquel tío. ¿Y si era un psicópata? ¿Y si quería robarme? ¿Y si tenía pensado secuestrarme y pedir rescate?

Después de pensar esto, alguna de mis neuronas, de las que se mantienen cuerdas y estables, ajenas a la cantidad de todas esas hormonas que genero a consecuencia del estrés crónico que tengo, me soltó algo así como: «anda, flíplate un poco; aquí está la reina del norte y no nos hemos enterado».

Respiré profundo y seguí sentada en silencio, mirando al infinito. De vez en cuando, le lanzaba una mirada de reojo, procurando apartar la vista rápido, no fuera a darse cuenta.

Es mayor, no un pureta, pero sí es mayor que yo. Calculo que tendrá como 40 años. Tiene algunas canas en la barba. La barba es ligera, pero dura. De pelo crespo. Supongo que debajo de la gorra tendrá el pelo corto, porque no se le salía por ningún lado, y abundante y fuerte, por la forma de la barba. No lo he podido confirmar porque, siempre que lo he visto, lleva la gorra puesta. También lleva unas gafas de sol. Grandes y alargadas. De las típicas que llevan los surfers, seguro que es de alguna marca conocida. No recuerdo qué letras tenían en la patilla. Las gafas impidieron que viera sus ojos.

La gorra es azul, como de vaquero gastado. Por el color y la apariencia, diría que lleva esa gorra puesta desde el año 2000, aproximadamente. Igual que las gafas.

La cuestión es que, después de estar casi una hora sentado a mi lado tomando café, y con la vista inmóvil en el agua, se levantó y me miró. Aproveché ese momento para tenderle el vaso que me había dado y que ya estaba vacío. Le miré a la cara directamente y le dije: «gracias... de nuevo».

Él sonrió y asintió levemente. Recogió la taza y se dio media vuelta. Cuando apenas había andado dos pasos, se volvió y me dijo:

—Feliz año, silenciosa.

A lo que yo sólo pude responder:

—Igualmente.

No pude quitarle los ojos de encima mientras se alejaba. Caminaba seguro, con garbo y con decisión. Cada paso estaba unido al anterior. Aquel hombre sabía a dónde iba. Pensé: «Ojalá yo caminara así».

No pasó más de media hora desde que me quedé sola. El sol estaba calentando y el café me había abierto el apetito. El café. Aquel café estaba buenísimo. En lugar de ponerme nerviosa y alterada como siempre me pasa, me había apaciguado. Me había llenado de calma por dentro. Me sentía bastante en paz. Nada que ver con la sensación con la que había llegado a la playa. No sentía desasosiego, ni ningún tipo de ansiedad. Me subí al coche, y aquí estoy.

No he hecho gran cosa desde que llegué, y ardía de ganas de venir aquí a poner en orden la vivencia.

¿Qué había vivido hoy?

Mira, no sé. Lo que tengo es una colección de preguntas que se me están atragantando en la garganta.

- ¿Quién es este tío?
- ¿Por qué me mira cuando estoy en la playa?
- ¿Por qué no quiere que lllore?
- ¿Por qué no me habló más?
- ¿Qué tenía aquel café?
- ¿Y si aquel café tenía algún contenido psicotrópico?
- ¿Por qué me dijo «silenciosa»?
- ¿Por qué le dije que no estaba escuchando nada?
- ¿Por qué se pasó una hora sentado a mi lado?

- ¿Por qué no me dijo nada?
- ¿Por qué no le dije nada?
- ¿Cómo se llamará?
- ¿Qué haría un uno de enero en la playa?
- ¿Qué me dio, que me desapareció la ansiedad?
- ¿Por qué dijo que se sentía la playa mejor allí?
- ¿Tendrá pelo?
- ¿Cómo tendrá los ojos?
- ¿A qué se dedicará?
- ¿Por qué siempre me ofrece algo?

Demasiadas preguntas. Ninguna respuesta. A veces, me gustaría que mi cabeza no fuera por libre, ni tuviera la imperiosa necesidad de controlarlo absolutamente todo. ¿Qué pasará si no consigo averiguar la respuesta de todas estas preguntas?

En fin.

Lo importante: ¿Cómo estoy? ¿Estoy mejor, peor o igual?

Si me digo la verdad —algo en lo que debo trabajar, como me decía Mariví— estoy mejor. No es algo para tirar voladores, pero sí es cierto que sigo calmada. Conservo la misma sensación de cuando me vine de la playa, y ya hace un par de horas desde entonces. Sigo sin ansiedad y sigo en calma.

Y en el mismo momento en el que soy consciente de este estado de ánimo, se cruza un pensamiento cabrón en medio de mi cabeza. El pensamiento va a tal velocidad que deja una estela. En ella, está escrito en negrita:

Te han echado del trabajo.

La estela se va difuminando a lo largo de mi cerebro, pero la visualizo apagando todas las zonas de mi mente por donde pasa. El pensamiento es como la masa negra de alquitrán que había en aquella oficina. Toda la calma que había conseguido reunir desaparece. Se me instala en el pecho un peso que impide que tome aire con normalidad. Se me empieza a agitar la respiración. Me angustio pensando que no puedo respirar. ¿Me está dando un ataque de ansiedad?

Quiero racionalizarlo para no acudir a la química, pero me cuesta fijar la vista.

Tengo que concentrarme para que no se me escape el bolígrafo de las manos. Que estas dejen de temblar. Que el sudor frío que me brota por la espalda se atempere. Cierro los ojos. Imagino mis pulmones como un globo. Por la nariz tomo aire poco a poco, lentamente. No lo consigo. Vuelvo a agitarme y la respiración es rápida y entrecortada. Abro los ojos. Me siento boquear. Me voy a marear.

Vuelvo al punto de partida. Cierro los ojos. Entrelazo las manos. Respiro despacio mientras veo cómo un globo de color azul se va inflando lentamente. Cuento hasta cinco. Hago una pausa. Suelto el aire, viendo ahora el globo desinflarse y cuento hacia atrás, de cinco a uno.

Repito.

Repito.

Repito.